

Martha Lomar habla de Trujillo¹

Landy Omar Negrón Aponte
Estudiante doctoral
Programa Graduado de Estudios Hispánicos

Hoy, quiero compartirles algunas de las impresiones que tuvo la poeta puertorriqueña Martha Lomar cuando, allá por el año 1931, fue invitada por el General Rafael Trujillo Molina para que visitara la República Dominicana. Advierto que esto no pretende ser un estudio riguroso del trato o relación que hubo entre la poeta puertorriqueña y el político dominicano, tampoco abordo el cambio de postura política que pudo experimentar Martha Lomar tras su visita al vecino país. Aquí solo referiré aquellos «rasgos... precisos» que la escritora prometió perpetuar en su obra testimonial titulada *Trujillo y yo*, del año 1959. Antes de entrar en materia, deseo consignar mi agradecimiento al Dr. Miguel Ángel Náter por haberme presentado esta joya, que tan celosamente custodia desde el Seminario Federico de Onís.

A María López de Victoria de Reus, la conocemos por su pseudónimo artístico: Martha Lomar, nombre de pluma que asume cerca del año 1919 para dar a conocer sus columnas en *El Imparcial*, diario que por entonces estaba bajo la dirección de José Pérez Losada. Es, pues, allí, en aquel ambiente periodístico sanjuanero donde Martha Lomar da a la prensa, en 1928, sus dos primeros poemarios: *Silabario de espuma* y *Vejez sonora*. A ellos les seguirá *Por aquí pasa un hombre* (1939) y *La canción de la hora* (1959), con Prólogo del cubano Jorge Mañach. Sin embargo, aquella poeta que, en palabras de Evaristo Ribera Chevremont, se hallaba «plantada en las nuevas hondas líricas del siglo», nunca se desvinculó del terreno del periodismo y, así, colaboraba en distintas oportunidades para el diario *El Mundo*, el periódico ponceño *El Día* y las revistas *Puerto Rico Ilustrado* y la del *Ateneo Puertorriqueño*. Sería, precisamente, a través de estas colaboraciones con la prensa periódica donde Martha Lomar provocaría la

¹ Ponencia presentada en la Fiesta de la Lengua del Departamento de Estudios Hispánicos en 2019.

atención del General Rafael Leónidas Trujillo, quien gobernó la República Dominicana desde 1930 hasta su asesinato en 1961.

Con la llegada de Trujillo en los años treinta se avecinan tiempos reacios: da inicio la represión contra toda oposición política. A los oídos de Martha Lomar llegan rumores de detenciones injustas, incómodos interrogatorios y, en condiciones extremas, torturas y hasta la muerte. Acuciada por la «propaganda contra Trujillo» –que, como considera, «era la orden del día»– la columnista echa mano a la pluma y decide lanzar sus invectivas contra la tiranía que experimentaba la República Dominicana. Sin embargo, ocurre lo imprevisto: del vecino país llega el poeta Noel Henríquez con la encomienda de invitar a la poeta a visitar la tierra de Quisqueya para que conociera personalmente al Presidente de la Nación, contra cuyo gobierno ella había escrito virulentos artículos. Según se colige en su libro, especie de diario, Noel Henríquez le comenta: «Desde luego, el Presidente me dijo que seguramente tú no aceptarías... por temor...»; a lo cual ella, de súbito, responde: «¿Qué yo no me atrevería? ¡Ah, pues ahora mismo le avisas que voy por el primer barco!» (14).

Así sería. El 7 de diciembre de 1931 Martha Lomar se pondría en camino para visitar la tierra de Trujillo, que por entonces era asumida como tierra «vendida y traidora» (16). Ahora bien, pese a la valentía que mostraba nuestra poeta, un sentimiento de angustia invadía el hondón de su alma. Antes de cabalgar las crestas marinas, Martha Lomar se reúne con sus hijos, aún pequeños, y les comenta: «Me voy a donde no sé lo que va a sucederme, y voy porque las personas deben tener el valor de responder por lo que dicen, y mucho más si lo escriben, y más aún si lo que escriben es contra alguien a quien no conocen. Espero estar de vuelta el 23, para que celebremos la Navidad como siempre...» (16). La escritora no niega que le temblaba el corazón de miedo, pero afirma que se hubiera sentido desprestigiada ante sí misma si se hubiera negado a ir.

Llega a la República Dominicana el 8 de diciembre y enseguida experimenta un genuino interés por el país hermano. De su traslado a San Cristóbal, que era la cuna de la familia Trujillo, recuerda: «Había tanta sencillez, tanta hospitalidad en aquellos hogares, que aún yo, la recién llegada, creía estar entre viejos amigos . . . ¡Qué paz! Como que se sentía descansar el alma...» (22). Por cierto, en entrevista con el *Listín Diario*, periódico dominicano de mayor circulación por entonces, Martha Lomar declararía: «... estoy como embrujada... Santo Domingo me recuerda a

Humacao, porque es la ciudad nuestra que más conserva de su pasado español... Yo la apellidaría «Toledo de América», por austera y hospitalaria...» (28).

Sin embargo, el temor seguía latente en quien ahora se había convertido en visitante de las tierras del enemigo. Muestra de ello es el pasaje en que recuerda su alojamiento en el Hotel Fausto, cuando anota: «Cerré bien todas las puertas, corrí todos los cerrojos, puse los muebles contra las puertas, y sobre estos los objetos que al caer –en caso de ser empujado el mueble– hicieran ruido. Registré la puerta contra la cual estaba la cabecera de mi cama, y, por último, me acosté con la cabeza hacia donde creerían que tuviera los pies...» (23). No hay que decir que, al día siguiente, se asombra al hallarse todavía con vida.

Lo cierto es que, paulatinamente, y esto queda claro a lo largo del libro, la idea que de Trujillo se había hecho nuestra poeta, se verá confrontada de continuo. Una de las primeras colisiones se da en conversación con una niña de trece años que le ayudaba a aderezar sus vestidos en el Hotel Fausto. Entre las cosas que hablaron, la niña le comenta que, tras el ciclón San Zenón, había colapsado el puente que, sobre el río Ozama, ayudaba a conectar el pueblo. En aquel momento, la poeta le inquiriere: «¿Y cómo hacían para comunicarse? Usaban lancha, ¿no?» (26). A lo que Flora, que así se llamaba la niña, le contesta: «Pue' verá: El Presidente mandó poner una cana'ta grande que la llevaban de acá para allá por una sogá... por el aire... En ella pasaba la gente» (26). Martha, como improvisando una conversación con la niña, le pregunta: «¿Y qué dijo el primero que pasó? [...] Seguramente diría “Creo en Dios” cuando estaba en mitad del viaje...» (26). Pero una respuesta la sorprende: «¡Qué va! Nada de eso. Cuando e'taba en medio del río gritó: ¡Viva el Presidente Trujillo!» (26).

La pequeña hablaba ahora de la otra cara del General, no ya la del tirano, que era más común entre quienes pugnaban contra el régimen desde el exilio. Hablaba, pues, de la figura de «El Benefactor», el gobernante que procuraría impulsar el desarrollo infraestructural del país. De hecho, el libro de Martha Lomar transparenta la necesidad de registrar los avances que experimentó la República Dominicana durante la Era Trujillo. Cuando la poeta decide regresar al país vecino, esta vez por cuenta propia, sin invitación alguna, observa los cambios que en veinticinco años había experimentado la Ciudad Trujillo: «Ahora, el caserío es casi totalmente de concreto; las calles están debidamente atendidas; hay un magnífico merca-

do y un hermoso hotel, además de escuelas modernas y de un gran colegio para varones» (22).

Pero regresemos en el tiempo a aquel 12 de diciembre de 1931. Los caminos conducen a Puerto Plata donde la columnista habría de conocer a su enemigo, y así comenta: «... llegamos a la ciudad donde habría de ser yo presentada a aquel a quien mi imaginación había dado características de Barba Azul» (37). Llegan a la mansión Trujillo y todos brindan por el placer de la visita. La mirada escrutadora de Martha Lomar queda plasmada en su testimonio: «Rafael Leónidas Trujillo, en aquella noche, era joven, de porte distinguido, alto, saludable, de tez trigueña...; los cabellos negros y ondulados lucían alguna que otra cana hacia las sienes; los ojos negros, grandes, expresivos, firmes, penetrantes, inteligentes... Su ser emanaba un magnetismo poderoso que me hacía imposible sentirme “su enemiga”» (43). Pero no solo esto habría aunado al estado de perplejidad en que se encontraba la poeta, también las palabras del Presidente alimentaban su sentido de confusión. Aquí habla Trujillo: «No quiero que mientras usted esté en este país se le obligue a decir nada. Cuando usted se haya ido y quiera decirlo de su propia voluntad, sea» (43). Así habría sido el primer encuentro entre el gobernante y su enemiga.

Durante su estancia en la República Dominicana, Martha Lomar habría sido invitada a varios encuentros con el Presidente. De entre ellos destaca el almuerzo a bordo del «Presidente Machado» y un baile en Montecristi. En este último evento, recuerda la escritora las palabras del General: «Quiero que haya cena, con salcocho y chivo, para obsequiar a doña Martha, y que así ella también conozca y saboree nuestros guisos...» (52). A esto contestaría la puertorriqueña: «¿Y así trata usted a sus enemigos, señor?». «Así, señora mía: Les venzo, rindiéndome», contestó Trujillo (52). Aquella noche, la poeta puertorriqueña y el Presidente dominicano bailarían al compás de «La Borinqueña». La danza iría acompañada de unos versos de José de Diego, que el General le recitaba al oído. Sobre esto, comenta nuestra escritora:

Si Trujillo quiso hundirme hasta su cruz el puñal de la exquisita amabilidad con que me hería, lo consiguió. Un alma noble no puede ir más allá en una persecución inmotivada, como era la mía contra él, si se la desarma con tanta bondad, con tanta pleitesía. Cuando me di a su brazo para el

baile, me sentí humillada y hubiera querido desaparecer... Yo pensaba si era aquel el mismo hombre que me habían descrito –burdo, desagradable, desatento–, porque no era posible que todo aquello fuera un “puesto en escena” para embaucarme ni que él hubiera tenido tiempo y se hubiera tomado el trabajo de aprender de memoria aquellos hermosos poemas, para aparecer ante mí como no era... (55)

Pero en su libro, Martha Lomar no solo recoge sus encuentros más íntimos con el General, sino que también lo observa en su papel de jefe al mando. De ello da cuenta tras asistir a un mitin que Trujillo ofreciera desde el Club Santiago, en Santiago de los Caballeros. Sobre esto comenta nuestra autora: «Los discursos fueron elogios de la obra del Gobierno y pidieron la cooperación del pueblo para mayores logros» (62). También se fijaba Martha Lomar en el aspecto de los jóvenes, que conformaban la fuerza militar: «Vestiditos de kaky, perfectamente equipados con armas modernas, livianas y nuevas, su aspecto saludable, su paso natural, compañía tras compañía, pasaban los soldados, con banderas con música y sonrisas» (70). Advirtamos la insistencia de la escritora en subrayar el sentido de comunidad, de inclusión, que le sugería el gobierno de Trujillo. Y ni hablar del retrato íntimo que sobre el Presidente va bordando la poeta en su testimonio. Durante su visita, Martha Lomar descubre el ser de carne y hueso que residía tras la imagen del tirano. Ello se le ofrece tras las constantes visitas que Trujillo procuró hacer, por aquellos días a sus progenitores. Martha comenta: «Dice el refrán que el hombre que es buen hijo es buen esposo y buen padre, y bueno de cualquier modo... Trujillo tendrá todos los defectos del mundo, pero tiene esa virtud y siempre ha honrado con toda deferencia a los autores de sus días» (82).

Todas estas experiencias que Martha Lomar vivió durante su estancia en la República Dominicana y, posteriormente, su diálogo sostenido con Rafael Leónidas Trujillo la llevarían a reconsiderar la figura del dictador, motivo que la movió a publicar estas impresiones, que redactó poco tiempo después de su primera visita al país vecino. Sin embargo, estas notas tardaron 25 años en ver la luz, pues ella se había propuesto «observar desde lejos, inactiva». En cuanto a los que planificaban una conspiración contra el General, la poeta gasta una opinión. De ellos dice: «No es que fueran personas malas, es que eran de carácter débil, y los débiles jamás

han sido buenos gobernantes». Su observación la llevaría a pronunciarse, aunque larvadamente, a favor del régimen, y así dice: «Los poderosos son elegidos del Señor, quien los utiliza para fines que ignoramos; las generaciones futuras justificarán el proceso evolutivo del presente...» (11). A Martha Lomar se le debe considerar por su valiente ejercicio íntimo, pues se necesita valor para ponerse contra la corriente; mientras que allá se queda «el hombre fuerte, como una interrogación hacia el porvenir...» (86).

OBRA CITADA

Lomar, Martha. *Trujillo y yo*. Sin datos, 1959.